

923

@

E111

L3

v.l



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## PRIMERA PARTE

### DECRETOS DE LA PROVIDENCIA.

#### CAPITULO I.

El convento de Santa María de la Rábida.

**D**URANTE la primavera del año 1471, a la una de la tarde y con un sol abrasador, que calcinaba las tortuosas carreteras de Andalucía, dos extranjeros trepaban la cumbre de una colina, distantede como media legua del puerto de Palos.

El sudor que bañaba sus frentes, el polvo que cubria sus trajes, en los que se veian vestigios de una pasada y mejor posicion, y el deterioro de su calzado, indicaban claramente que aquellas dos personas llegaban de muy léjos y sufrían las fatigas de una larga y penosa marcha.

Apénas se encontraron en el punto culminante de la colina, sus miradas se fijaron en un edificio de modesta apariencia que se levantaba cerca de allí.

Después de una ligera y silenciosa pausa, nuestros viajeros continuaron su camino y se detuvieron ante el pequeño monasterio de Santa María de la Rábida, á la sombra de cuyo pórtico exterior se sentaron sin proferir una palabra.

099498

16039



Su aspecto y el cansancio que en sus rostros se pintaba, no dejaba duda alguna de que buscaban hospitalidad.

En aquella época los conventos de franciscanos eran el asilo de los viajeros pedestres, cuya precaria situación no les permitía la entrada en las posadas.

En este caso sin duda, se encontraban los dos extranjeros, cuyo exterior anunciaba una reciente miseria.

El uno de ellos era un hombre que apenas había llegado á la mitad de la vida: su estatura era elevada, sus formas robustas, su continente majestuoso, noble su frente y franca la expresión de su fisonomía. En su mirada se adivinaba al hombre pensador, y sus labios se entreabrían dulcemente.

Sus cabellos, que en su primera juventud fueron de un color castaño oscuro, comenzaban á presentar junto á las sienes esos prematuros mechones blancos, seguro indicio, prueba inequívoca de las desgracias, de los callados sufrimientos, del trabajo incesante del espíritu.

Su rostro, bronceado por el sol y la atmósfera del mar tenía esa palidez mate que produce el estudio.

Su voz era varonil, sonora y penetrante, é indicaba un hombre acostumbrado á expresar pensamientos profundos. Sus movimientos no revelaban la menor ligereza de carácter: todo en él era grave y hasta simétrico, pudiéramos decir, en las cosas más minuciosas; se respetaba modestamente á sí mismo, y parecía obrar siempre con la reserva del hombre piadoso en el templo, ó como si continuamente se hallara en presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones eran más femeniles; pero ya marchitas por las privaciones y fatigas de la vida: tenían tal semejanza con las del primer personaje que acabamos de describir, que era imposible no reconocer en él al hijo, ó al menos al hermano.



Cristóbal Colón llamando al convento.



Estos dos interesantes viajeros eran Cristóbal Colon y su hijo Diego.

Fijaron en ellos la atención algunos monjes, los contemplaron primero con curiosidad y luego con vivo interés, y conmovidos al fin por el noble aspecto del padre y la dulzura infantil del hijo, que contrastaban tan raramente con la pobreza, ó más bien miseria de su ropaje, salieron para ofrecerles la sombra, el pan y el reposo que la caridad cristiana daba á los peregrinos.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, Cristóbal Colon levantó la cabeza y fijó una tranquila mirada en los religiosos.

Su hijo con la natural impaciencia de sus pocos años, púsose en pié, y sus ojos, con expresión afanosa, volviéronse también hácia la entrada del santo asilo, donde esperaba encontrar el alimento y el descanso, de que tanto necesitaba.

—Muy fatigados estais, hermanos, dijo uno de los monjes con dulcísimo acento; por lo ménos, vuestro aspecto así lo dice.

—No os equivocais, padre mio, contestó Colon, levantándose también; hace más de seis horas que caminamos sin encontrar un árbol cuya sombra nos proteja de los abrasadores rayos del sol, sin haber visto un arroyo en cuyas aguas apaguemos la sed que nos devora.

—¿Venís de muy léjos?

—Sí, y casi estoy por asegurar que ya he perdido la cuenta de los dias que dura nuestro viaje, á pesar de que la fatiga y las privaciones me los han hecho tan largos y penosos, que he contado una por una las horas, y aun pudiera decir que los instantes.

—¿Por qué no habeis llamado?

—Descansaba y meditaba, repuso Colon, en cuyos labios



se dibujó una leve sonrisa, que pudiéramos calificar de amarga; meditaba, y mis pensamientos me habian hecho olvidarme de todo.

El religioso fijó en el extranjero una mirada escudriñadora, y despues de algunos momentos dijo:

—Entrad, hermano: vuestra preocupacion puede hacer os olvidar de la existencia, y aun mirarla con desprecio, si es que á extremo tan lamentable os han llevado vuestras desdichas; pero ese niño....

—¡Mi hijo! murmuró Colon, fijando en la tierna criatura una mirada penosa y de ternura sin igual.

—Hé ahí, repuso el monje, lo que no debeis ni podeis olvidar: vuestro hijo, más débil que vos, necesita alimento y descanso.

—Hace diez horas que no hemos comido.

—Venid, venid.

—Gracias, padre mio, respondió el futuro descubridor de un Nuevo Mundo.

Y con su hijo siguió al religioso.

Una vez llegados á las habitaciones destinadas á los peregrinos, ofrecieronles agua y algunas viandas, y en tanto que los viajeros refrescaban y recuperaban las fuerzas, los religiosos que les habian ofrecido asilo fueron á dar parte al prior de la llegada de los dos extranjeros, cuya noble apariencia contrastaba tan singularmente con la miseria de sus vestidos.

El superior del convento de la Rábida era Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de Isabel la Católica, que entonces ocupaba el trono de España con Fernando V.

Hombre de santidad y de ciencia, modesto como todo verdadero sabio, habia preferido el retiro del claustro á los honores, el bullicio y las intrigas de la corte; pero no por

esto habia perdido nada en el profundo respeto con que lo miraban todos, ni habia menguado el crédito ni la influencia que ejersia sobre el espíritu de la Católica Isabel.

No era la casualidad, sino la Providencia la que habia dirigido los pasos de Colon; la Providencia, cuyos designios debian cumplirse.

No, no era el azar, sino la Omnipotente mano la que guiaba al gigante de todos los siglos; la Omnipotente mano, que e abria camino hasta el trono ocupado por la mujer cuya virtud no ha tenido ejemplo, cuya grandeza de alma no ha tenido igual, cuyo nombre es una de las primeras glorias de nuestra patria y aun puede ser el orgullo de la humanidad.

¡Misterios de la divina sabiduría!

Bajo aquella apariencia humilde, agobiado por la miseria, desfallecido por el hambre, se presentaba el que iba á ofrecer un mundo, donde las arenas eran de oro, los riscos de coral y de perlas el lecho de las olas.

Como no podia ménos de suceder, el relato de los monjes llamó la atencion del superior, que despues de hacer algunas preguntas, sin saber por qué, sintióse interesado por el misterioso desconocido.

¿Qué significaba esto?

Se cumplan los designios del Omnipotente, y nada más.

¿Por qué hemos de buscar otra explicacion?

En el descubrimiento del nuevo Continente, lo mismo que en todos los grandes sucesos que han producido una verdadera revolucion en la marcha de la humanidad, el talento del hombre no ha sido más que el instrumento de que se ha servido la mano de Dios.

Apresuróse, pues, el prior á bajar al aposento donde se encontraban Colon y su hijo.

Sus primeras palabras, dulces y cariñosas, fueron para le



niño, que se las pagó besándole respetuosamente la diestra y pidiéndole la bendición.

—Sí, dijo entónces el venerable religioso, Dios encienda más y más la llama de tu fe para que atraveses victorioso el áspero camino de la vida y te se abran las puertas de la eterna mansion de los bienaventurados.... Dios te haga virtuoso.... Yo, en su santo nombre, te bendigo.

Y despues de haber hecho la señal de la cruz sobre la cabeza del niño, fijó su mirada en el padre, viendo que los expresivos ojos de éste se habian empañado por dos lágrimas de inmensa ternura.

A la experiencia y privilegiada inteligencia del prior, bastaba el primer golpe de vista para comprender que el viajero no era un hombre vulgar.

—Dichoso padre y dichoso hijo, añadió con la misma dulzura. Sí, dichosos, á pesar de vuestras amarguras, porque sois limpios de corazon, pobres y desvalidos y.... ¡Bienaventurados los que sufren y lloran!....

—Padre mio, respondió Colon, vuestras palabras son un bálsamo consolador para nuestra alma dolorida, son tanto más gratas y dulces, cuanto amarga ha sido la hiel de la copa que he tenido que apurar.

—¡Os quejais de la fortuna, hermano?

—Líbreme Dios de proferir semejante queja; los dolores que el Omnipotente envia á la criatura, no son más que pruebas de nuestra virtud... ¡Bendito sea Dios, porque ha puesto á prueba mi fe!

—Bendito seais, mil veces bendito, murmuró el religioso con acento que revelaba la más tierna emocion.

Y elevandó al cielo una mirada, añadió:

—¡Gracias, Dios mio, gracias!... ¡Aun hay en este valle de lágrimas y desdichas almas puras.

Por algunos minutos reinó un absoluto silencio. Todos parecian estar profundamente conmovidos.

Los monjes, que presenciaban aquella escena, habian inclinado la frente, y hubiérase dicho que ni aun á respirar se atrevian.

—Sentaos, hermano, dijo al fin el superior, sentaos, y si no es un secreto que os importe guardar la historia de vuestras desgracias, referídmela, no para satisfacer mi curiosidad, que no la tengo, sino para proporcionarme la satisfaccion de consalaros y fortificar vuestra fe, si es que la fe que enciende vuestra alma necesita mi ayuda para mantenerse tan viva como está.

—¡La historia de mi vida, la historia de mis amarguras!.. No debiera contárosla, porque es demasiado noble y sensible vuestro corazon para que esa tristísima historia no os atormente.

—¿No habeis triunfado hasta ahora de la incredulidad y las malas pasiones?

—Creo que sí....

—Entónces, esos dolores, esas amarguras, como no significan más que triunfos gloriosos de vuestra fe....

—¡Ah!.... ¡Cuán grande y cuán bueno sois!.... Todo lo sabreis, padre mio, y seguro estoy de que me protegeris en la empresa que con la ayuda de Dios, que por Dios inspirado, intento acometer. Sí, vos sereis mi sosten y mi guía, á vos deberá el mundo el más grande de los acontecimientos, y por vos, padre mio, la Iglesia nuestra madre podrá llevar los inmensos beneficios de su santa doctrina á donde tal vez millares de almas se pierden en las tinieblas de una ignorancia tristísima.

El prior fijó una mirada de extrañeza en el viajero.

¿Era éste algun desgraciado que habia perdido la razon?



Sus misteriosas palabras parecían hacerlo sospechar así.

Empero bien pronto se tranquilizó el anciano, porque no podía estar loco aquel cuya mirada era tan tranquila, aquel cuyo acento era tan reposado y tan solemne.

No, el viajero no estaba loco: en su noble y espaciosa frente, y en el brillo de sus negros ojos, se revelaba una gran inteligencia, y sus palabras parecían misteriosas ó eran incomprendibles para el vulgo, era porque expresaban pensamientos demasiado elevados, demasiado sublimes, que no podían estar al alcance de todos.

—Creeríase, dijo el prior despues de algunos segundos, que correis tras una de esas glorias que immortalizan el nombre de quien las alcanza.

—Creo que tengo una mision que cumplir, y nada más. No es la gloria lo que ambiciono, no siento afan porque mi humilde nombre se immortalice, por más que esto me halague, y tanto es así, que á esa gloria renunciaria, me resignaria á morir olvidado de todos, por todos ignorado, y me consideraria el más dichoso de los mortales con la satisfaccion sin igual de haber dado cima á mi empresa y haber hecho al mundo un beneficio.

—¿Y entónces vuestra recompensa?....

Colon sonrió dulcemente, levantó la diestra señalando al cielo y dijo:

—La recompensa allí.... ¿No es bastante?

—¡Alma sublime! murmuró el prior. ¡Cuánta fe, cuánta fe!.... Vuestra será la eterna dicha de los justos....

—Padre mio....

—Explicaos, explicaos, replicó vivamente el religioso

Y sonriendo á su vez, añadió:

—No extrañeis mi impaciencia. Me habeis prometido una parte de la gloria que os aguarda, de la satisfaccion que habeis de experimentar, y no olvido la promesa.

Aquellos dos hombres debían entenderse, ó más bien se habían comprendido ya.

Colon estampó un tiernísimo beso en la frente del niño, diciéndole con acento de emocion profunda:

—Escucha, hijo mio, escucha tú tambien y graba en tu memoria lo que vas á oír.

La inocente criatura apoyó los piés en el travesaño de la banqueta donde estaba sentado, cruzó las manos, descansándolas sobre las rodillas, y fijó en su padre una mirada de afanosa, de ávida curiosidad.

Cristóbal Colon inclinó la cabeza sobre el pecho, meditó por espacio de algunos segundos, como para reunir sus recuerdos y coordinar sus ideas, y luego dió de este modo principio á su relato.